
Jóvenes en el vórtice del sonido: hacia un estudio de consumos musicales juveniles en Santiago de Cuba

Young people in the sounds whirlwind: toward to study of musical consumption in young peoples of Santiago de Cuba

MSc. Ligia Lavielle-Pullés

ligialp@uo.edu.cu

Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba

Resumen

La música constituye uno de los factores que aseguran los golfos generacionales que históricamente han separado el mundo adulto del juvenil, cauces abiertos donde ciertamente subyacen relaciones de poder. Los jóvenes santiagueros no son la excepción; los gustos musicales abren cada vez más grandes brechas con respecto a sus predecesores. Sin embargo, en el caso cubano, la institución cultura tiene como una de sus finalidades la educación, conformación y satisfacción de gustos y consumos musicales. El ensayo que se presenta parte de las problemáticas que empañan la labor del sector cultura en el diseño de estrategias y propuestas recreativas centradas en la música y alejadas del interés del público juvenil. Con tales prerrogativas se justifica la necesidad de un abordaje científico desde la sociología de la música sobre los gustos y consumos musicales que permitan *a posteriori* limar dichos abrojos.

Palabras clave: consumos musicales, institución cultura, jóvenes.

Abstract

Historically, many generational gulfs have existed between adulthood and youth, and music is one of them, this is due, in part by power relationships. The young people of Santiago are not an exception. Big gaps are opened thanks the differences about the musical tastes. However in Cuban case the education, conformation and satisfaction of musical consumptions and tastes must be also in hand of Culture institutions. This essay begins in the problematic inside the work of culture sector, about its design of proposal and strategic to leisure time, and how this work is away to young people interest. That's why the scientific approaches since music sociology is justified, toward the musical consumer and tastes to fill the lacks in the action of institutions. The present paper shows the general view of methodological and theoretical frames of the future research on musical consumers.

Keywords: musical consumption, culture institution, young people.

Obertura

Hace más de cincuenta años el maestro Jean Braudrillard afirmaba - a la vez alertaba- sobre el rol del consumo como una piedra angular de las sociedades del siglo XX y el entonces lejano siglo XXI. Demostraba que en las relaciones de intercambio establecidas entre los hombres (en consecuencia la sociedad toda) y los objetos, bienes y mercancías, también se expresaba otro tipo de intercambio, el simbólico, uno de los pilares del consumo, ámbito largamente trabajado en los estudios socioculturales que apuntan al proceso. La cultura y el arte, señaló, no escapan del entramado de mercancías que corresponde con el territorio del consumo y como tales, funcionan con reglas cercanas a las que norman otros bienes comunes. “Art, jeans and burgers all acquire their meaning and their values relative to one another as well as to the entire system of consumer objects. A work of art is now consumed in the same way as, say a washing machine” (1998, p. 10).

Hacia este, el plano de las artes, los medios y el divertimento se enfoca el ensayo que se presenta. Siendo la música de hoy, manifestación artística y producción cultural asidaal rosario de mercancías culturales que circulan en el tapiz mediático y se incorporan a la vida cotidiana íntima o pública, se hace posible ubicarla dentro de los estudios de consumos. En este caso se hablaría entonces de consumos musicales.

El trabajo se aboca a demostrar la pertinencia de estudios sobre el tema en zonas citadinas de intensas dinámicas sociales, en especial la ciudad Santiago de Cuba. El punto de partida son las contradicciones sociales que se expresan en el enfrentamiento entre gustos y preferencias juveniles por un extremo y por otro, proyectos, normativas y acciones de las instituciones culturales no siempre bien logradas. En ese sentido, el objetivo del presente ensayo es develar qué importancia reviste un estudio de consumos musicales con acentos metodológicos cualitativos para la institución cultura.

Para su elaboración, la autora del presente se han nutrido de la participación en actividades académicas como proyectos de investigación, así como intercambios que como parte de la socialización del conocimiento se han establecido con especialistas del tema y funcionarios del sector de la cultura.

Jóvenes, música e instituciones: entre la herejía musical y la pulcritud melódica

“La juventud está perdida” o “esa música de los jóvenes, que barbaridad” son dos frases regularmente escuchadas *vox populi* en los tiempos y espacios más diversos que el diario reto de la vida cotidiana convoque. Aunque ambas se reconozcan fácilmente por pertenecer al presente, ni la primera ni la segunda son exclusivas de él, al contrario: la primera escrita en piedra en una tabla de Caldea, Babilonia (Feixa y González, 2013, p. 19) data de varios siglos antes de nuestra era, la segunda también era un señalamiento común dirigido a nuestros actuales abuelos y bisabuelos al acercarse unos a otros con la cadencia rítmica y peligrosamente inmoral para la época que el baile del danzón imponía.

Estos son solo sencillos ejemplos del golfo generacional que históricamente separa a juventudes y al mundo adulto, en cuyas contradicciones siempre subyacen -aunque no necesariamente de manera explícita- relaciones de poder (Bourdieu, 1990). Y es que las políticas sociales y culturales se redactan desde concepciones adultocéntricas, por eso no siempre encuentran eco en las preferencias y puntos de vista juveniles. Sin embargo, siendo ellos más dúctiles para adaptarse a la cada vez más dinámica vida de las sociedades contemporáneas, son también los primeros en advertir los desfases en tales políticas. Además, es en las nuevas generaciones donde se visibilizan con mayor claridad las transformaciones de mentalidad que cada época trae consigo.

Los jóvenes cubanos no son la excepción de la regla. En ellos también se ponen de relieve las huellas que imprime el presente, haciendo cumplir una vez más el sabio aforismo que los asemeja más a su tiempo que a las enseñanzas de sus progenitores. Precisamente es el gusto por la música uno de los vértices que más caracteriza a la juventud nacional, al tiempo que desata innumerables polémicas en voces especializadas o no. Presenciamos una música que se renueva cada día, una renovación que a la vez condiciona la estrecha relación que establecen los jóvenes con ella, manifestación de las artes que no siempre se conjuga en arte.

El acentuado gusto de los jóvenes cubanos por la música no resulta extraño en sí mismo. La rítmica musicalidad del cubano constituye uno de los emblemas de la cultura nacional, al menos en el imaginario popular y la representación que se exporta al

mundo; folclorismo de basamento comercial y turístico que acompañó al Sun, Sand, Sea de tiempos republicanos. Aun así, el eslogan y estereotipo que acuña a los cubanos como bailadores no es tan descabellado cuando se mira al interior de nuestra dinámica cultura musical, y se evidencia un acentuado gusto por la música al unísono con la ritmicidad que nos caracteriza cuyo cordón umbilical nos conecta a la matriz africana. Dicha musicalidad asida o no al hecho danzario hunde sus raíces en la propia cultura del Caribe. Las melodías armonizadas y de ritmos acentuados, así como también el reconocimiento, asimilación y gusto por las mismas forman parte también del patrimonio nacional.

Ahora bien, al comparar el gusto juvenil por la música con respecto al de los adultos saltan a la vista varias diferencias sobre la base de actitudes que van más allá de las preferencias por los géneros. No resulta fortuito que sean ellos, más que los adultos, quienes se preocupen y dediquen a la búsqueda de la novedad en estos predios, una práctica recurrente que exige la constante renovación de su lista de éxitos. También son ellos uno de los blancos predilectos de los principales oligopolios musicales globales y quienes más explícitamente experimentan la obsolescencia visualizada en el consumo musical. Del mismo modo, y dado que presentan más ventajas y habilidades para encarar las constantes oleadas tecnológicas, constituyen un grupo a tener en cuenta en los movimientos de producción y experimentación musical, sobretodo independiente, donde estas capacidades se ponen en práctica.

Las distancias generacionales más visibles emergen en el plano de los gustos y preferencias musicales, donde el apego juvenil de la moda irrumpe y contrasta con las preferencias de sus predecesores. A veces las dicotomías se manifiestan como pares antagónicos: las novedades sonoras de ritmos urbanos como el rap o el reguetón parecen opuestas a la tradición musical, del mismo modo en que los bailes que caracterizan a los nuevos géneros se contraponen con los legitimados por la tradición músico-danzaria como el danzón o más recientemente la timba.

La solución está más allá de la crítica a veces pretendidamente exorcista de las autoridades, cuya finalidad descansa en encauzar por “rectos senderos” a las más jóvenes generaciones, tampoco basta con adoptar actitudes permisivas y hasta

negligentes ante los requerimientos poco cívicos de algunos jóvenes. Lo importante, en este caso, es comprender las matrices simbólicas plurales e inasibles de las juventudes con respecto a la música, para intentar abrazar más intereses sin descuidar la educación en el respeto por las tradiciones.

En la difícil tarea de educar a la par de satisfacer gustos musicales se impone el trabajo de la institución cultura, teniendo en cuenta la diversidad sonora que conforma el polifónico tapiz de gustos y consumos musicales. Ahora bien, las acciones de la misma no siempre se corresponden con estas exigencias. La mayoría de las propuestas musicales destinadas al ocio y el divertimento se dirigen a la población en general, descuidando los intereses generacionales y culturales que definen a los grupos sociales en tanto ponen de manifiesto las diferencias entre el universo juvenil y el adulto.

Por otro lado, se evidencian carencias en el orden tecnológico, lo cual explica algunas dificultades en las presentaciones artísticas, sobre todo con respecto al audio. Peor aún, algunas de las actividades amalgamadas por el hecho musical carecen de conceptos artísticos de peso y difunden espectáculos de dudosa calidad, por ejemplo, la reproducción de grandes éxitos en la voz de cantantes con buenas cualidades vocales pero sin identidad artística.

Otro de los problemas que en buena medida explica las limitaciones anteriores descansa en la ausencia de gestores culturales formados en las directrices teóricas, metodológicas y empíricas acumuladas por expertos latinoamericanos en el área de la gestión de la cultura. En el mejor de los casos se confunde y subvierte la promoción cultural por la gestión, lo cual demuestra los vacíos existentes. A ello se le suma el grueso burocratismo que todavía atraviesa las instancias del sector y que impide el florecimiento de iniciativas privadas.

Muy cercana a esta problemática se puede localizar la poca presencia del marketing de la cultura, visualizada en las instituciones, proyectos, compañías y artistas intérpretes en relación a la música. El temor y la crítica al mercado presentes por mucho tiempo en las políticas culturales cubanas han ralentizado la inserción práctica y teórica de conceptos como el marketing cultural (Quincoces, 2008). Su ausencia se hace notable en las propias presentaciones musicales donde los diseños de vestuario, escenografía,

publicidad e identidad muchas veces no seducen al espectador joven. No debería ser raro entonces que los jóvenes busquen y prefieran otras propuestas, más deslumbrantes pero no necesariamente de calidad.

Otra de las contradicciones, esta vez en el plano económico, radica en los precios de algunas instituciones destinadas al ocio y al divertimento desde las acciones músico-danzarias. En anteriores instrumentos de investigación se evidenciaba la alta disposición juvenil por actividades recreativas donde pudieran bailar. Los jóvenes, en el amplio espectro etario que demográficamente se ha asignado a las juventudes, se sienten motivados por bailar pero no pueden asistir a muchos de estos sitios por encontrarse en desventaja económica. Espacios como Tropicana, por solo citar un ejemplo, resultan en la mayoría de los casos inaccesibles para sus bolsillos e incluso, para el bolsillo de sus padres. En el centro de estas problemáticas descansan las dificultades estructurales de tipo económico que atraviesa el territorio nacional, por ello se complejiza su solución. Sin embargo, también pudieran palearse con propuestas atractivas de marketing y promoción puestas en práctica por los mismos espacios socio-musicales, o abrir otros sitios de accesos más factibles.

Tales problemáticas también han sido descritas en el plano de las ciencias sociales cubanas. Mucho se ha discutido, investigado, historiado sobre los jóvenes y la música, pero el rol que ocupan las instituciones culturales en esa relación no siempre ha sido protagónico en las investigaciones al respecto, sobre todo dadas las diferencias de contexto que invisibilizan en mayor o menor medida las barreras entre la esfera privada y la pública; el sector oficial y el estatal. Las investigaciones referentes a juventud y música se erigen sobre la base de varias ciencias, todas enlazadas en la óptica cultural: economía, sociología, historia o antropología, por solo citar algunas.

Una de las líneas más recurrentes se emplaza en el marco de los estudios de consumo cultural a través de investigaciones empíricas y teóricas desarrolladas por instituciones culturales, centros académicos y científicos. En ese sentido valen destacarse las encuestas realizadas sobre el tema en Latinoamérica y en Cuba, las cuales permiten visualizar los direccionamientos del fenómeno consumo cultural y la posición que la música ocupa en ese entramado de prácticas. Algunas de las más significativas son

consultadas para los intereses de la presente investigación, sobre todo las realizadas por el Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello y su equipo de investigaciones sobre consumo cultural. Sin embargo, tales investigaciones dibujan un escenario global de prácticas de consumo cultural, donde la que se relaciona con la música es una más. Por extensión, no se abordan a profundidad los mecanismos institucionales con sus aportes y limitantes en la estructuración del gusto y consumo musicales de los jóvenes.

Por otro lado, sobresale el dato obtenido mediante enfoque cuantitativo, y en consecuencia la investigación de la relación juventud y música, de manera descriptiva, no alcanza a indagar en los significados implícitos en los consumos. No se visualizan por ello las singularidades del proceso sociocultural para las nuevas generaciones.

Otro campo interdisciplinar donde se expresa la acentuada disposición musical de los jóvenes son los estudios de culturas juveniles, cercanos a la antropología e incluso a la psicología en el caso cubano. Constituyen una red de investigaciones centradas en colectividades juveniles y aglutinadas bajo el paraguas de conceptos que han variado de acuerdo a épocas y al desarrollo histórico del tema: conducta y desviación, ideología, identidades colectivas, individualidad y postmodernidad. Buena parte de la producción científica al respecto evidencia que son muchas las culturas juveniles conformadas bajo la égida identitaria de la música; del punk al rock europeos hasta los chavos banda mexicanos o los reguetoneros en Cuba. Conceptos polémicos como el de juventudes, subculturas, tribus urbanas, escenas musicales o culturas juveniles se definen en este campo. Así, desfilan los análisis de estéticas, jergas, grafittis y por supuesto géneros musicales, siempre desde la óptica de los usos y constructos simbólicos que sobre ellos depositan los grupos juveniles.

En Latinoamérica estos estudios comienzan a contar con cierta tradición. Sujetos desde la antropología de la juventud y la antropología urbana encuentran una plaza fuerte en México, Chile o Argentina. Hace pocos años emergió el interés por las culturas juveniles en Cuba, dada la presencia de las llamadas “tribus urbanas” capitalinas de Calle G que han llamado la atención de la psicología y luego de otras ciencias (Pañellas, Riestra, et.al., 2005). Sin embargo, es difícil rastrear un trabajo sistemático en ese sentido, aunque centros como el de Estudios de Juventud (CEES), el Centro de

Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS) y el Instituto Cubano de Investigaciones Culturales “Juan Marinello” han acumulado esfuerzos en esa línea.

A ello habría que adicionarle que en Cuba los estudios con inmersiones antropológicas se han concentrado largo tiempo en los elementos de la cultura popular tradicional, para luego proceder a su rescate y legitimación dentro del patrimonio cultural cubano. No ha ocurrido lo mismo con la antropología urbana y de la juventud, por lo cual los trabajos más relevantes sobre las culturas juveniles se han realizado al margen del plano antropológico.

Por otro lado las investigaciones sobre consumos culturales juveniles y en especial musical en el contexto de la ciudad Santiago de Cuba deben abrazar ambos espectros de investigación, tanto los referidos al consumo desde la sociología de la música y del consumo, como a los de culturas juveniles. Se trata, en primer lugar, de comenzar a llenar los vacíos epistémicos que al respecto se avizoran todavía en el territorio nacional. En el plano teórico se hace necesario echar a andar investigaciones que conjuguen lo antropológico -de la juventud y urbano- y lo sociológico -de la música-, contando además con las contribuciones de la musicología cuyos especialistas en Latinoamérica, el Caribe y Cuba han abierto el análisis de las músicas populares. En este mismo plano se hace necesario además establecer un basamento conceptual operativo del consumo musical sobre todo al contexto nacional, desde donde la mirada de las ciencias se refiera su frágil pero concisa diferenciación con el gusto.

Otro aspecto necesario a tener en cuenta en este tipo de investigaciones se plantea en el plano metodológico. La mayoría de sus antecedentes nacionales y locales se han realizado con el predominio de la metodología cuantitativa. En estos momentos, la propia realidad reclama interpretaciones de los científicos sociales, esta vez desde perspectivas cualitativas tras la finalidad de penetrar en las significaciones atribuidas a los hechos musicales por algunos jóvenes santiagueros.

Esta línea de investigación trasciende descripciones enumerativas del arco de preferencias en cuanto géneros, espacios y prácticas culturales en relación a la música. Se requiere adentrarse en la significación para los jóvenes de ciertas músicas, demostrar la existencia o no de redes informales de socialización musical y fraternidad, develar sus

estilos y la realización de una nueva cartografía simbólica de la ciudad en función de espacios socio-musicales juveniles, sobre todo aquellos donde los protagonistas sonoros sean los ávidos consumidores y productores de la música urbana.

Ya planteadas algunas contradicciones sociales que abarcan la relación jóvenes y música, sobre todo desde el plano institucional, se impone vislumbrar la forma en que tales estudios pueden estar al servicio de las instituciones culturales con el objetivo de limar tales problemáticas, principio supremo de las ciencias sociales y especialmente sociológicas.

Un trabajo de esta clase en primer lugar aporta un caudal de información que permitirá visualizar no solamente qué prefieren los jóvenes, sino cómo significan la red de instituciones que sostiene el sector y las propuestas artísticas estatales, privadas o fusionadas.

Del mismo modo permite esclarecer las condicionantes sociales y culturales que han conducido a una explosión de diversos consumos musicales desde una visión holística que permite reunir y correlacionar varios puntos de referencias analíticos: la influencia de los medios de comunicación e información; las estrategias de la industria musical; las acciones experimentales y privadas de grabación musical encabezadas por los jóvenes prosumidores (productor y consumidor) (Toffler, 1980); los gustos, preferencias y consumos musicales; el papel de las instituciones en el direccionamiento del gusto; el papel de las tecnologías en el mismo punto; las prácticas más representativas de los consumos musicales acentuados. Conocer dónde radican las causas e interpretarlas pone de relieve las brechas generacionales y sus mentalidades, de modo que permitirá entender la permanencia masiva de géneros polemizados y criticados, pero sobre todo orientar en la creación y el sesgo de lo valioso o no, en este mismo escenario de la música más novedosa.

Una investigación de este tipo también posibilita adentrarse en los productos culturales de naturaleza musical y deconstruirlos analíticamente desde su historia y estética, de ese modo se hace más factible entender su consumo. Una vez encaminados en esta ruta es posible desmentir algunos supuestos axiomas como la dicotomía tradición y contemporaneidad en la música, no tan profunda como se divulga. La línea de

continuidad muchas veces subyacente entre los géneros constituye puntos a favor de su consumo para las jóvenes generaciones.

A modo de conclusiones

Las distancias que separan a la juventud del mundo adultocéntrico han sido constantes en todos los tiempos, unas veces más marcadas que otras. Con respecto al gusto y consumo por la música, estas separaciones se explicitan, pues los jóvenes optan por géneros que emergen continuamente, los más irreverentes y poco convencionales, en coherencia con la aptitud de renovación que traen consigo las nuevas generaciones.

En la ciudad Santiago de Cuba, la relación jóvenes y música se halla dinamitada por un cúmulo de contradicciones sociales que dibuja un arco desde el plano simbólico y las perennes dicotomías tradición y modernidad, hasta las acciones institucionales del sector cultura en la promoción musical. Las investigaciones propuestas ahondan en la ruta de los consumos musicales y las culturas juveniles formadas en el epicentro de la música, con la finalidad de estudiarlas desde el plano de las significaciones más allá de lo cuantitativo y aportar una herramienta de análisis a las instituciones locales de la cultura. ¿Qué quieren los jóvenes? ¿Qué significan ciertos géneros para ellos? ¿Cuáles son los espacios socio musicales que mejor describen sus gustos? ¿Qué proyectos privados ponen en marcha? Las respuestas a tales interrogantes permitirán entender mejor al público juvenil y confeccionar nuevas propuestas recreativas sobre la base de la música.

Referencias bibliográficas

1. Bourdieu, P. (1990). *Sociología y cultura*. México, D. F: Grijalbo-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
2. Baudrillard, J. (1998). *The consumer society. Myths and structure*. London: Sage publication.
3. Feixa, C. y González, Y. (2013). *La construcción histórica de la juventud en América Latina. Bohemios, rockanroleros y revolucionarios*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio.

4. Pañellas Álvarez, D., Riestra López, C., Rodríguez Alemañy, D., Torralbas Oslé, J. E. (2007). *Calleg-ando: Caracterización psicosocial de los jóvenes de la calle G. Informe de Proyecto*. La Habana: Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas y Facultad de Psicología, Universidad de la Habana.
5. Quincoces, C. A. (2008). *Gestión de mercadotecnia en el arte*. La Habana: Ediciones Logos y Ediciones Unión.
6. Toffler, A. (1980). *La tercera ola*. Plaza & Janes, S.A. Editores. Bogotá, Colombia.